

Retiro espiritual

El realismo de la fe

No es lo mismo tener fe que vivir de la fe. No es lo mismo intentar armonizar la fe y la vida que no salirse nunca de la fe como la única realidad. No es lo mismo juzgar la fe con nuestra cómoda medida que dejarse juzgar por la fe con todas las consecuencias. El contemplativo que quiere vivir de la fe necesita encontrar el salto de fe concreto que le permite vivir sólo de la fe y poder realizar su misión en el mundo gracias a una fe probada y eficaz. Este retiro pretende ayudarnos a descubrir que no tenemos esa fe; pero nos mostrará el camino de vivir sólo de la fe y de realizar las obras de la fe.

Contenido

[Introducción](#)

[El juicio sobre la fe](#)

[Vivir por la fe, vivir en la fe](#)

[Una fe que huye de la fe](#)

[El camino de la fe](#)

[La fe y las obras](#)

[La fe probada](#)

[La obra de la fe o «fe en acto»](#)

[La fe y la oscuridad](#)

[El martirio como prueba y expresión de la fe](#)

[El fruto de la fe](#)

[Conclusión](#)

Introducción

En el reciente conflicto político de 2018 en el que Cataluña intentó separarse de España pudimos comprobar que, para muchos cristianos, tanto laicos, como sacerdotes e incluso obispos, el nacionalismo primaba sobre la fe, de modo que ésta se supeditaba a las opciones ideológicas y políticas de los individuos.

Esta extraña mezcolanza de ideologías y cristianismo se da en conflictos a gran escala y también en situaciones habituales en el ámbito familiar, parroquial, de comunidades religiosas, etc. En ellos vemos que la fe es compatible con cualquier cosa y puede subordinarse a cualquier cosa. Y eso nos obliga a plantearnos: ¿Qué es realmente la fe? Y, a partir de ahí, a ver si tenemos fe. Porque, aunque a los cristianos, a los sacerdotes y obispos se nos supone la fe, en realidad podemos tenerla o no tenerla, dependiendo de lo que entendamos por fe.

Lo cual nos permite afirmar, como primer apunte, que, con mucha frecuencia, la fe no tiene mucho que ver con la vida. De hecho, la fe se suele limitar a unos conocimientos, convicciones, actos religiosos... pero que están al margen de la vida. Se llega a vivir con naturalidad una fuerte vida de piedad y una vivencia de la profesión que no tiene nada que ver con la fe. Si la fe es compatible y subordinable con todo, no es extraño que, cuando llega un momento de gran dificultad, muchos cristianos tengan una «crisis de fe» que pone en tela de juicio la fe como se ponen en tela de juicio otras convicciones o sistemas: Tenemos crisis de fe como hay crisis económicas o políticas según las circunstancias. Incluso nos desesperamos o «perdemos» la fe. Y, aunque no todos lleguen a abandonar claramente la fe, vemos que, muchos laicos, incluso religiosos, sacerdotes y obispos, se acomodan en la práctica a criterios ajenos o contrarios a la fe, principalmente porque no pueden soportar la presión de un mundo ajeno a Dios. Abandonan la fe, aunque no la dejen claramente renunciando a ella o apostatando. Y eso se nota. No

podemos negar que existe una presión que intenta arrancarnos de la fe verdadera; y como tenemos una fe que se puede hacer compatible con todo, podemos abandonar la fe sin que se note demasiado: de hecho, uno puede tener fe y no tener fe a la vez.

No se trata de algo nuevo. Esto ya lo reprochaba Dios a su pueblo en el Antiguo Testamento cuando les decía: «Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos» (Is 55,8). Los profetas tienen que denunciar, una y otra vez, que el pueblo elegido no se fía de Dios, ni confía en él, ni sigue sus mandatos..., en definitiva no tiene fe. Y el mismo Jesús echará en cara a sus discípulos la falta de la fe más elemental: «Si tuvierais fe como un grano de mostaza, le diríais a aquel monte: “Trasládate desde ahí hasta aquí”, y se trasladaría. Nada os sería imposible» (Mt 17,20; cf. Mt 11,22-24). Se ve claramente que no se trata de tener mucha o poca fe, sino de tener un poco de aquella fe de la que se puede vivir. Incluso le dirá a Pedro que piensa «como los hombres, no como Dios» (Mc 8,33). Y por esa misma razón no podrá hacer milagros en Nazaret: «Por su falta de fe» (Mt 13,58).

Según esto, debemos preguntarnos: ¿Dónde está el problema? Pues, sencillamente, en que detrás de todos estos casos falta lo esencial: la fe, que es lo que sustenta todo el entramado de las virtudes y la vida cristiana.

Muchos, que se dicen cristianos, afirman tener fe porque «creen» que Dios existe, que ha creado el universo, etc. Pero tendrían que aplicarse lo que dice Santiago: «Tú crees que hay un solo Dios. Haces bien. Hasta los demonios lo creen y tiemblan» (St 2,19). Los demonios son mucho más coherentes con la fe que nosotros. Saben que existe Dios y, por lo menos, tiemblan.

No basta con la adhesión intelectual a las verdades religiosas, ni con la voluntad de cumplir unos preceptos, ni con tener sentimientos espirituales..., hace falta un acto concreto, el acto por el que se entra en la adoración, que se expresa en la

renuncia a uno mismo para entregarse plenamente a Dios como el absoluto de la propia vida, sin el cual no entramos en el ámbito de la fe. El presente retiro tiene como objetivo, precisamente, ayudarnos a encontrar ese acto. Y hemos de empezar afirmando que, puesto que se trata de entregarnos plenamente a Dios para que pueda ser nuestro absoluto, es necesario que nos dispongamos a renunciar a nosotros mismos, puesto que no podemos pretender entregar nuestra vida y, a la vez, quedarnos con ella.

De este modo, la fe, si es verdadera, empapa toda la vida y da sentido a todo lo que somos y lo que hacemos, y eso de manera real y constatable. Por eso la auténtica fe tiene que poder ser percibida como tal por uno mismo, por los demás y por Dios. Eso supone que hemos de ser conscientes de esa fe en todo momento, en toda circunstancia, de manera que podamos percibir en nosotros mismos la realidad, la contundencia, la solidez de nuestra fe. Y también que la perciban los demás, de manera natural, ya que si alguien tiene una fe verdadera, todos los que se encuentran con esa persona lo notan. Aunque, desgraciadamente, las consecuencias de esa percepción externa se suelen traducir en un rechazo por parte de quienes tienen una fe diluida. Pero, sobre todo, la fe la tiene que notar Dios, al que no podemos engañar. En definitiva, existe una contundencia en la fe, como la hay en el amor y en la oración: tiene que notarse, y eso supone que, de algún modo, tiene que doler.

Y a esto es a lo que Dios llama a la Iglesia y a cada uno de nosotros. Dios no nos invita a creer en su existencia, sino a reconocerlo vitalmente como el centro único, absoluto e indiscutible de nuestra vida. Ya en Hab 2,4 aparece una clara afirmación sobre la hegemonía de la fe, cuando afirma: «El justo por su fe vivirá» (Hab 2,4)[1]. Es una afirmación que será recogida varias veces en el Nuevo Testamento, especialmente en Rm 1,17; Ga 3,11[2]; Hb 10,38[3]. Al decir que «el justo vivirá por la fe» se está afirmando que la fe es la puerta de la salvación; pero eso no se puede aplicar a cualquier forma de fe, ni mucho

menos oponerla a las obras. La fe que salva es la fe viva, que empapa toda nuestra existencia. Y en este sentido podemos afirmar que el justo se salvará por la fe porque vive de la fe; ella es su alimento, el aire que respira su alma, su propia vida... De hecho, el mismo san Pablo dirá: «Vivo de la fe en el Hijo de Dios...» (Ga 2,20)[4].

Y todo esto hay que convertirlo en interrogantes a los que hemos de responder en verdad: ¿Vivo de la fe?, ¿me alimento de la fe?, ¿respiro la fe?, ¿anhelo la fe? ¿Cuáles son mis anhelos, mis necesidades y preocupaciones?

Para entender lo que significa «vivir de la fe» hemos de partir de la existencia, en muchos cristianos, de una línea divisoria entre la vida «real» y la fe, que hace que se yuxtapongan como dos ámbitos que no llegan a unificarse: se juntan, se separan, se pueden mezclar un poco, pero son autónomos. Vivo en la vida real, con sus problemas y preocupaciones, y luego, cuando voy a misa o rezo, entro en el ámbito de la fe como si fuera un microcosmos aparte. Y cuando salgo de ese ámbito vuelvo a la «vida real» como si fuera otra cosa.

La maravilla se da cuando se va más allá, y la vida se empapa de la fe y aparece la armonía de la vida cristiana. Pero hay que ir más allá. Lo más extraordinario sucede cuando se da un paso más y puedo decir, con san Pablo, que «vivo de la fe». No se trata de que la fe orienta e ilumina mi vida, sino de que mi vida es la fe. Ahí tenemos que llegar. La fe es el acto por el que yo puedo decir «vivo de la fe». Estamos ante algo de vital importancia, que toca la esencia del mensaje salvador de Cristo y de la vida cristiana; algo muy simple, pero, a la vez, enormemente delicado.

Ésta es la clave para entender el sentido de la vida del Señor y de los santos. Jesucristo no hace otra cosa que vivir en esa relación con el Padre a la que nos invita. Él nos abre el camino para poder vivir de la fe y nos acompaña. La vida de los santos sólo se entiende porque están cimentados en esa fe que es lo único y lo esencial de su vida. En el fondo se trata de creer las

realidades sobrenaturales con tal fuerza que no se añore y no se desee otra cosa que vivir en la fe y de la fe, en vez de añadirle la fe a la vida ordinaria como si fuera un apéndice de ella.

Desgraciadamente esta fe es algo realmente excepcional, que no lo encontramos fácilmente ni siquiera entre los consagrados y los cristianos más comprometidos. Y se comprende que sean muy pocos los que aspiran a esta fe porque son juzgados desde las mismas instituciones eclesiales como carentes de compromiso o, incluso, como contrarios a la fe. Y, además, estos juicios descalificatorios los justificamos con criterios humanos, y a veces meramente viscerales, lo que demuestra que se juzga desde una perspectiva que poco tiene que ver con el Evangelio y sus criterios. El resultado es que la mayoría de los cristianos aceptan y viven como normal un conjunto de actitudes y motivaciones que se oponen a la verdadera fe y la hacen imposible para los demás, por mucho que se revista de superficiales sentimientos fervorosos o comprometidos.

El hecho de que sea tan excepcional vivir de la fe verdadera nos plantea la cuestión fundamental de cuál es la base en la que apoyamos la fe; o, lo que es lo mismo, en qué radica la autenticidad de la fe y las apoyaturas en las que se sustenta.

Dios nos ha creado para la fe, nos llama a la fe y nos da los instrumentos para vivir de la fe. El nivel de fe que vemos a nuestro alrededor, tal como aparece en ejemplos como los que hemos expuesto al principio, demuestran que nos parece normal que podamos disponer de gracias, luces e impulsos sobrenaturales con los que Dios apoye constantemente nuestra fe. Nos parece tan natural, que si nos faltan esos apoyos nos sentimos dispensados del heroísmo propio de la fe auténtica. Y por la misma razón nos permitimos quejarnos por las dificultades, y pedimos con insistencia a Dios esas ayudas a las que creemos tener derecho. Estamos siempre dispuestos a recibir los dones de Dios, pero poco dispuestos a darle nuestra fe. Hay que recibir de Dios, pero para darle lo que le debemos, que es la fe: «La obra de Dios es esta: que creáis en el que él ha enviado» (Jn 6,29). No

tiene sentido pretender recibir los regalos de Dios, pero sin vivir de la fe, porque Dios nos entrega sus dones únicamente para que hagamos el acto de fe.

Anticipando la conclusión que debe desprenderse del presente retiro, podemos comenzar denunciando una visión deforme y muy peligrosa de la fe, que aceptamos como normal, que se basa en el siguiente razonamiento, que damos por verdadero, y que debemos poner en su sitio:

-Dios me llama a la salvación y tiene que darme los medios necesarios para ello.

-No tengo que dar ningún paso hasta que Dios me dé la gracia (sensible e irresistible) para hacerlo.

Sin embargo, el razonamiento debería ser el siguiente:

-Dios me llama a la santidad y me ha dado las gracias que necesito en Cristo, a través de la Iglesia, la Palabra y los sacramentos.

-Apoyado en eso que tengo, doy el salto en el vacío, el acto de fe, a la espera, no de una gracia que me apoye, sino del fruto propio de la fe.

Dios me llama, me sostiene y me orienta para que dé un salto, apoyado sólo en la fe; lo cual, humanamente hablando, es un salto en el vacío: ése es el acto de fe. Y hay un momento en que debo renunciar a que Dios «me lleve», es decir, me sostenga con todo tipo de gracias sensibles, apoyos y garantías. Tiene que llegar el momento de la fe en el que doy el salto. Y si no doy ese salto me atascaré en toda mi vida cristiana.

Es lo que sucede cuando aprendemos a nadar o a montar en bicicleta: Hay un momento en el que se nos tiene que dejar solos. Ése es el momento de seguir pedaleando o nadando, aunque tengamos la sensación de que nos vamos a caer o a hundir. Pero en ese instante preferimos que nos sigan sujetando, y nos resistimos a que nos suelten. Y es entonces cuando nos tenemos que fiar del padre que nos dice que podemos hacerlo, que él está ahí para ayudarnos y que nos tiene que soltar para que

aprendamos. Y hacemos el acto humano de fe y nos lanzamos, a pesar de sentir que vamos a caer o a ahogarnos. Ése es, en relación con Dios, el acto de fe que él espera de nosotros.

Aunque, lamentablemente, nos comportamos muchas veces como el niño pequeño que anda si lo llevan de la mano, pero si lo sueltan se sienta en el suelo y se ponen a llorar, porque quiere que le lleven.

Resumiendo, podemos decir que «vivir de la fe» quiere decir que la fe es irrenunciable para mí, porque se identifica con mi propia vida y le da todo su sentido, ya que sin la fe no soy nada. Si reconociendo en verdad mi pobreza ante Dios puedo decirle: «Señor, tú eres todo para mí», ya no hace falta más: se entiende la oración, el amor, la presencia de Dios, la alegría, la cruz... Pero no se trata de decirlo en un momento de fervor cuando el Señor me mueve sensiblemente y me sostiene; hay que decirlo cuando aparece la dificultad que me tira por tierra, y solo veo la fuerza de la dificultad. Y entonces puedo reconocer como verdadera esa realidad que me agobia y amenaza con destruirme; pero, a la vez, puedo afirmar que no pasa nada porque «Dios es todo para mí».

El juicio sobre la fe

Es muy importante el juicio que hacemos sobre la fe. Porque en el momento en el que racionalizamos y justificamos con un determinado juicio la acomodación de la fe, ya es muy difícil volverse atrás o cambiar de criterio. Si busco razones para justificar una fe mediocre entraré en un camino de mentira que me hará prácticamente imposible entender o aspirar a la fe verdadera.

Contaba un sacerdote que, en cierta ocasión, se había presentado en el despacho parroquial una pareja de novios que querían casarse. Por supuesto vivían juntos desde hacía varios años y no iban a misa ni realizaban ninguna práctica religiosa. Cuando el sacerdote les preguntó el motivo por el que querían

celebrar el sacramento del matrimonio, ellos contestaron con gran seguridad que eran cristianos y se tomaban su fe en serio. Nuevamente el sacerdote les preguntó si creían que podían definirse como cristianos sin cumplir con lo más básico de la fe, como es la asistencia a la misa dominical. A lo que ellos respondieron: «Por supuesto: ¡es que somos creyentes, pero no fanáticos!».

Evidentemente el juicio sobre la autenticidad de la fe depende de la perspectiva desde la que se haga ese juicio. Para un «creyente no practicante» el cristiano que va a misa el domingo es un «fanático», mientras que para un cristiano seriamente comprometido esa misma persona de misa dominical es un cristiano mediocre.

El problema de este tipo de juicios es que no se basa en datos objetivos, sino que se realiza en función del nivel de percepción y de compromiso de cada uno. Lo cual resulta muy cómodo; no sólo por el relativismo de estos juicios, que permite manejarlos a capricho, sino, sobre todo, porque es la mejor arma para justificar cualquier opción religiosa como expresión de verdadera fe. La ridícula calificación de «fanática» a la fe que se conforma con la misa dominical no es algo excepcional. Nosotros vemos ese juicio como falso y absurdo, pero es porque no nos afecta directamente, puesto que no estamos entre los que no llegan a los mínimos ni entre los que se conforman con los mínimos.

Sin embargo, si miramos la radicalidad de los santos desde la situación de una vida cristiana comprometida podremos reconocer en nosotros mismos la sombra de ese mismo juicio: «¿No será “fanatismo” algo tan radical?» Es decir, cuando hay que aplicar el «realismo» de la fe a nosotros es cuando aparece la tentación de poner nuestra propia vida como punto de referencia para calibrar la calidad de la fe de los demás. Y hacemos lo mismo que hacía la pareja del ejemplo: Juzgamos como «deficiente» la fe del que está por debajo, y de «fanática» la del que está por encima. Y así, para evitar tener que medirnos

con los santos, los medimos a ellos con nosotros y los tildamos de «exagerados».

Por esa razón, muchos cristianos seriamente comprometidos se sienten fuertemente movidos a criticar constantemente la mediocridad del comportamiento que muestran muchos cristianos, incluso consagrados y sacerdotes. Ese es el modo más fácil de manifestar que están «por encima» y afirmar la «calidad» de su fe y, así, dispensarse del trabajo por avanzar en esa misma fe; de modo que no se sientan obligados a realizar el esfuerzo que le están exigiendo al que ve en un nivel inferior. Es como si dijeran: «El que está por debajo, y al que critico, debería llegar a mi nivel; pero yo no tengo que subir hasta el nivel de fe superior al que tengo».

Y eso nos pasa a todos. Hacemos un juicio sobre la fe de los que no llegan a nuestro nivel (a veces con razón), pero no estamos dispuestos a que nuestra fe se ponga en tela de juicio, porque consideramos la propia fe como la norma absoluta. Sin embargo, ¿no hemos recibido medios y gracias para ser como los grandes santos? ¿Nos parecemos a ellos o nos justificamos pensando que ese nivel es exagerado o inalcanzable? La razón que explica esta falta de autenticidad en la fe estriba en que, cuando llegamos al punto en el que hemos de dar el salto de la fe, nos conformamos con decir: «me gustaría llegar a ese nivel, pero Dios no me lleva».

Evidentemente eso se hace afirmando genéricamente que siempre hay que trabajar para crecer en la fe; pero simplemente porque «todo es mejorable», sin reconocer que uno está en la misma situación de tramposa falsedad que denuncia en los demás.

Nos conformamos con lo que tenemos y nos justificamos pensando que se puede mejorar, que queremos mejorar... pero sin dar el salto.

Al hablar de la fe estamos hablando de un salto que hay que dar, y que tiene que ser constatable. Y se da o no se da. Y

tenemos que saber el salto que tenemos que dar y notar que damos ese salto, aceptando que no tenemos más garantías que la presencia y la palabra del Señor que me dice. «¡salta!».

Pero normalmente no nos fiamos. Los santos son los que saltan porque se fían. Nosotros esperamos a que nos lleven en brazos. Pero si no damos el salto y nos justificamos, olvidamos que la fe está en el acto por el cual respondemos a la gracia y nos embocamos a la santidad.

Normalmente hacemos el juicio sobre la fe basándolo en datos subjetivos: mi carácter, mis condicionantes, mis circunstancias..., que empleamos para renunciar al acto de fe. Y no nos damos cuenta de que eso que aducimos como excusas para condicionar el acto de fe es precisamente lo que permite realizar ese acto; porque esas mismas circunstancias son las que crean el abismo que permite el salto de la fe.

Esta actitud farisaica y dañina sólo se puede superar cuando el juicio sobre la fe se hace objetivamente: a partir de los datos objetivos que sustentan la fe, como son el realismo de la redención de Cristo, la verdad de su Palabra y la eficacia de los sacramentos. A lo cual hay que añadir los datos «subjetivos», que tienen gran importancia, y que no consisten en la impresión subjetiva que uno tiene de su vida de fe, sino en las gracias objetivas que Dios le ha dado personalmente. Cuando uno se mira a sí mismo desde esta perspectiva se descubre más traidor a la fe que dice profesar que el que traiciona los mínimos de la fe y se justifica definiendo como exagerado o «fanático» al que los cumple. Con las gracias y medios objetivos que Dios concede a todos y los que nos ha concedido particularmente podemos ser santos. Pero con frecuencia preferimos disfrutarlos a emplearlos para dar el salto de fe.

El acto de fe es el salto en el vacío, pero con las garantías que hemos recibido del Señor. Es un salto que uno percibe como absurdo, pero en ese salto nos apoyamos en lo que Dios nos ha dado y gustamos ya lo que se espera. Y esto tiene una enorme

importancia para la fe y también para el fruto de la fe, que tiene mucho que ver con el apostolado y la intercesión.

Nuestro problema es que queremos hacer el acto de fe, tomamos impulso para dar el salto en el vacío y saltar por encima del abismo, pero cuando llegamos al borde del precipicio, nos entra el miedo, dejamos de vivir de la fe, y nos paramos justo en el borde. Vemos sólo el precipicio, nos asustamos aún más... y corremos el riesgo de caernos. Es verdad que me puedo caer. Y a la vez es verdad que no me puedo caer. Depende de aquello por lo que apueste. Si no me apoyo en la fe y salto me caeré. Si salto con fe no me puedo caer. En el punto en que estamos ya no hay retorno: hemos tomado carrerilla y si no saltamos nos caemos. ¿No nos parecemos al que coge impulso y se para justo cuando hay que saltar? Tenemos un pie en el abismo, pero ya no tenemos fuerza para saltar..., y tampoco puede volver atrás. Somos conscientes de la llamada de Dios a la santidad, nos hemos decidido a abrazarla, y como no hemos hecho el acto de fe que permite la santidad estamos en tierra de nadie.

Y la mejor forma de justificar nuestra falta de fe es juzgar la fe de los otros, basándonos en las deficiencias reales de su fe. Pero mientras me fijo en eso, no reconozco mi situación ni la necesidad de dar el salto de la fe que el Señor me pide a mí, con lo que mi propia fe se ve frustrada.

Como vemos en los santos, la visión del pecado en los demás y en la Iglesia los lleva a una mayor entrega y radicalidad, porque les muestra su propio pecado de infidelidad en la vida real, a la luz de la gracia que Dios le ha dado. Lo que nos descubre un elemento esencial de la fe, que es la pasión permanente por la fidelidad; algo que no hay que confundir con el perfeccionismo, sino con el amor, y que es la necesaria expresión de la fe.

Vivir por la fe, vivir en la fe

Cuando hablamos del realismo que debe tener la fe del contemplativo no nos referimos a cualquier clase de fe, ni a una

fe genérica, sino a una fe viva, que mueve la vida. Es lo contrario a la división entre la fe y la vida que suele ser la norma para la mayoría de los cristianos. El tipo de fe que aparece en la Palabra de Dios.

Quizá podemos expresar mejor el tipo de fe al que nos referimos si analizamos los distintos niveles en los que se puede desarrollar una vida y cómo se relacionan. Podríamos decir que la vida puede vivirse en dos niveles:

-Un nivel humano, en el que las motivaciones, razonamientos y acciones son sólo humanos. Aquí están nuestras actividades cotidianas, los sentimientos que las acompañan, las dificultades y logros..., pero meramente humanos, cerrados en sí mismos.

-Un nivel sobrenatural, que es aquel en el que Dios habita, y en el que Dios lo es todo, porque todo está empapado del amor de Dios y de su presencia.

Nosotros, en principio, estamos en el nivel humano; y la redención nos hace accesible el mundo de Dios. La palabra de Dios, la gracia, los sacramentos... permiten que esos dos niveles se comuniquen; pero somos nosotros los que tenemos que elegir cómo se comunican. De hecho, según nuestras decisiones vamos eligiendo en qué nivel nos colocamos y cómo se relacionan en concreto en nuestra vida ambos niveles. Y en esto hay distintas posibilidades:

-En un primer nivel está la persona que vive humanamente, y en ese nivel ama, trabaja o desarrolla cualidades, pero sin referencia a la fe. También muchos cristianos viven de forma meramente humana la oración, los sacramentos y la moral.

-Como ese primer nivel se queda muy corto, algunos intentan conectar a veces los dos niveles, de forma intermitente. Se trata de la persona que vive humanamente sus tareas y su misión, pero cubre su vida con una capa externa de fe; es una capa fina y sobrepuesta, que apenas afecta a la vida humana, pero le da el color o el brillo de la fe, como si fuera un barniz, y permite vivir la vida humana con una apariencia de fe, de modo

que aunque ésta no afecta a la vida, le ofrece una fácil justificación.

-Pero, como esto anterior sigue siendo pobre, algunos intentan permanecer el mayor tiempo posible en el nivel de Dios. Esto sucede con la persona que vive su vida en dos campos separados o, a lo más, yuxtapuestos: la vida humana y la vida de fe; y se pasa el tiempo yendo de un campo al otro: trabajando humanamente en unas determinadas tareas y pasando al otro campo para hacer oración, preocupándose de cuestiones materiales y saltado al otro campo para preocuparse de asuntos espirituales.

-Incluso hay personas que intentan acercar lo más posible esos dos niveles, tratando de armonizar lo humano y lo divino. Para estas personas no hay línea divisoria entre estos dos ámbitos y en ellas encontramos la maravilla de la unión entre la vida y la fe; ambas se armonizan y se complementan de tal manera que no se distinguen, y no necesita salir de un campo para entrar en el otro, porque siempre está en los dos. Es verdad que en algunos momentos puede tener más o menos fuerza uno de los dos niveles, o pueden separarse ligeramente, incluso puede aparecer cierto desequilibrio de esta armonía a favor de lo humano; pero en general se viven las dos realidades de manera armónica. ¿Es esa nuestra expectativa?

-Puede parecer que este último modo de vivir es el más perfecto; pero hay un paso más, que es la maravilla de las maravillas. Igual que el primer escalón consiste en vivir sólo humanamente, el último escalón consiste en vivir sólo de fe. No es que la fe y la vida estén juntas, es que sólo existe la fe; la vida ha quedado diluida en la fe, como el azúcar en el café. ¡El justo, los santos, María, viven de la fe! ¡Se alimentan de la fe, respiran la fe, aman en la fe, sienten en la fe y trabajan en la fe! Cuando hacen cualquier cosa no salen de su mundo, que es el mundo de Dios.

El contemplativo está llamado precisamente a esto: a *vivir sólo de fe*, de modo que la fe es todo para él, todo se ve desde la fe, toda la vida queda empapada y diluida en la fe. Es lo que llamamos vivir de fe. Cristo ha muerto en la cruz para que nos fusionemos en él, de tal manera que podamos decir con toda verdad: «Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Ga 2,20).

Y lo primero que hay que creer es que es posible vivir de la fe y aceptar vivir de ella como meta. Así vivió la fe la Virgen, los santos. Pero no debemos olvidar que este «vivir de la fe» es algo que no se puede improvisar, ni siquiera conseguir trabajosamente; es un don de Dios que, como tal, hay que desear con toda el alma, hay que pedir humildemente, hay que disponerse dócilmente a recibirlo y, una vez recibido, hay que acogerlo apasionadamente.

Hay que pedir la fe, pero tenemos que pedirla con fe. Y entramos aquí en un bucle o en otro. El primer bucle es el de la autocompasión: Me miro a mí mismo y veo todo lo humano, que me duele, me preocupa, y hace que me lamente ..., y hace que me mire más a mí mismo, con lo que me duele más, me preocupe más y me lamente más. Pero hay un segundo bucle, que es el de la fe: Miro al Señor, le busco, lo adoro, me entrego a él..., y cuanto más le busco más lo encuentro y cuanto más le encuentro más lo busco.

Si quiero entrar en la auténtica experiencia de fe, he de pedir y acoger apasionadamente el don de vivir de la fe, y hacerlo con fe, con todo el corazón; porque no puedo vivir sin fe, y entonces Dios no me la va a negar. Pido apasionadamente la fe, a la vez que hago el acto de fe acogiendo el don de la fe. Pero sabiendo que para acoger ese don de la fe es necesario abrazar la pobreza y la cruz, colocarme en la realidad de lo que soy y de mi pobreza y abrazar la cruz desde ahí. Eso exige un discernimiento fundamental para la vida contemplativa: ¿Tengo el don de vivir sólo de la fe? Si todo lo que vamos diciendo resuena como

verdadero en mi interior, eso es un signo claro de que el Señor me ha dado el don de la fe. Y entonces, ¿qué hago con ese don?

Para ayudarnos a este discernimiento de la recepción del don de la fe he de considerar las siguientes verdades, que me sirven para ver si Dios me da ese don de vivir de la fe:

-La verdadera fe denuncia lo absurdo de tantos razonamientos realizados al margen de la fe, porque es incompatible con las componendas. Sin embargo, la fe mediocre se alimenta de las componendas y justificaciones para permitirme actuar como me venga en gana. Por eso la fe verdadera nos hace inconformistas, en principio, con nosotros mismos.

-Esa fe nos ayuda a discernir con facilidad. Cuando se tiene esa fe, lo difícil no es ver, sino escapar de la luz. Tantas complicaciones para ver y realizar la voluntad de Dios son síntoma de falta de fe. La fe verdadera simplifica las cosas, aunque sigan siendo costosas o desagradables. Lo que quiere Dios de mí tiene que ser posible y sencillo, aunque resulte doloroso.

-Sin esa fe no podemos dar respuesta a los retos que nos plantea la vida. Intentamos responder a los problemas desde una fe llena de agujeros, como un barco con múltiples vías de agua; y, sin embargo, la fe verdadera es como un avión que nos permite volar.

-Sólo podemos orar desde esa fe. La oración no es ningún problema, de hecho, los niños saben orar muy fácilmente porque tienen la lógica de la fe. Lo difícil es orar sin fe o con una fe mediocre. Cuando se tiene fe el problema no es cómo orar, el problema es cómo dejar de orar.

-Esa fe es lo único que nos da la libertad para amar. La fe que pone a Dios como único absoluto relativiza todo lo demás. Cuando no se tiene nada que perder ni que ganar porque uno tiene todo lo que se necesita y nadie se lo puede quitar, entonces se es libre para amar.

-Nos abre un horizonte nuevo, deseado, extraordinario y fascinante, que se nos regala, pero con la condición de que nosotros no llevemos la iniciativa ni el control. Y, lamentablemente, preferimos nuestro horizonte pequeño, pero que es nuestro, porque lo construimos y lo controlamos nosotros.

Una fe que huye de la fe

Sí deseamos esta fe, ¿qué hacer para encontrarla?, ¿por dónde empezar? Lo primero que debemos hacer es dejar de huir de la fe. La fe limitada que tenemos nos obliga a huir de la fe a la que estamos llamados. Entonces debemos reconocer las estrategias que empleamos para eludir la verdadera fe. Cada uno, según sus características y sus circunstancias, tiene que descubrir el modo concreto que tiene para realizar esta huida, sin que se note; y, sobre todo, la manera en que sustituye el salto de fe por otra cosa. Normalmente esa sustitución suele hacerse con alguna de las siguientes realidades:

-Con la actividad: Nos lanzamos a una actividad constante, sin discernimiento evangélico, con la excusa de que hay que hacer las «obras» propias de la fe, del «compromiso», etc. Aquí tenemos el ejemplo bien claro de Marta y María (Lc 10,38-42).

-Con los sentimientos: En un mundo que valora tanto los sentimientos, resulta muy fácil suscitar en nuestro interior sentimientos religiosos o espirituales que nos permitan creer que lo que sentimos corresponde a lo que somos. Vamos a la oración a sentirnos a gusto o justificados. Y nos resulta problemático no sentir nada, lo que nos lleva a pensar que la oración no sirve para nada. Por eso oramos con el fin de generar sentimientos o hacemos obras de caridad para sentirnos bien. Y pensamos que tenemos mucha fe porque tenemos sentimientos religiosos muy fuertes. El espiritualismo, angelismo o iluminismo que se crea de este modo resulta muy atractivo, porque siempre será más fácil generar sentimientos que comprometer realmente la vida.

-Con las ideas, palabras o teorías, con las que justificamos como evangélico lo que nos interesa. Resulta tentador creer que lo que pensamos, hablamos o enseñamos manifiesta lo que somos y creemos realmente; sin darnos cuenta de que la fe no es una teoría ni un conjunto de ideas, por buenas o acertadas que sean. No somos lo que decimos, ni siquiera lo que pensamos; somos lo que hacemos. El acto de la fe no se sustituye tampoco por palabras o ideas:

No todo el que me dice «Señor, Señor» entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Aquel día muchos dirán: «Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre y en tu nombre hemos echado demonios, y no hemos hecho en tu nombre muchos milagros?». Entonces yo les declararé: «Nunca os he conocido. Alejaos de mí, los que obráis la iniquidad» (Mt 7,21-13).

-Con el cambio arbitrario de criterios: Cuando no hay un pilar objetivo de verdad es muy fácil relativizar la fe; de modo que, según nos convenga, nos apoyamos en una visión de los valores evangélicos más radical o más cómoda. Así se evita la unidad de criterio que caracteriza a la fe auténtica y que compromete la vida. La fe verdadera no se puede manipular de ninguna manera.

En este mismo sentido podemos señalar las tentaciones contra la fe que sufre el que está llamado a la vida contemplativa secular, especialmente al inicio de su proceso espiritual^[5], y que se orientan:

-A que apartemos la mirada de la gracia, para fijarnos más en las dificultades (como hizo Pedro caminando sobre el agua: cf. Mt 14,22-34).

-A que olvidemos la meta a la que nos llama Dios, y aspiremos a acomodarnos al ambiente, asimilando su mediocridad. Esa actitud, tan distinta a la de la fe, se manifiesta en el miedo a desentonar.

-A convertir la entrega apasionada a Dios en mero cumplimiento de algunos actos religiosos. Dios nos comunica

su pasión por nosotros y no espera más respuesta que un amor apasionado por nuestra parte. La tentación quiere impedir el encuentro transformador con Dios apoyándose en el valor de nuestras prácticas religiosas, intentando que las multipliquemos y nos quedemos tranquilos sin vivir de la fe.

-A que dude del amor extraordinario que me tiene Dios, y en la gracia que me ha dado. Se trata de la dificultad para creer que Dios me ama con tanta delicadeza, ternura y pasión que me demuestran que soy muy importante para él. No se puede dar el salto de la fe si no creemos en ese amor desmedido de Dios, que hace que confiemos en él. Quizá tenemos esa intuición pero no terminamos de creer en ella, y el enemigo sabe cómo sembrar la duda en ese amor.

El camino de la fe

A partir del acto de sinceridad por el que reconozco el modo concreto que tengo para huir de la fe verdadera, debo buscar los elementos que me permiten construir esa actitud de fe y me colocan en la mejor disposición de dar el salto de la fe. Esos elementos básicamente son:

-Silencio, no sólo callando, sino escuchando permanente a Dios. Vivimos en un mundo de ruidos, y el silencio será una de las primeras obras de fe que realicemos. No podemos esperar a que el mundo nos regale el silencio. Y siempre correrá de nuestra parte conseguir el silencio interior.

-Sólo el que sabe que Dios está vivo y presente en el mundo abandona todo para sumergirse en ese Dios presente en el que no hay nada más. El silencio no consiste en acallar los ruidos, sino en dejar que Dios sea todo y lo llene todo.

-Aprender a amar en silencio. Existe demasiado alboroto en el amor: lo que me cuesta, si me lo agradecen, lo que tengo que hacer, lo que me gusta... Pero amar tiene que ser simple porque viene de Dios. Por eso hay que aprender a esperar en silencio. El verdadero amor y la verdadera espera son

silenciosos, porque expresan el reconocimiento de algo que no depende de nosotros, que es infinitamente superior a nosotros, que no podemos crear ni controlar..., sólo lo podemos esperar en actitud de adoración hecha acogida amorosa; y eso sólo se hace en silencio.

-Oración desnuda, que sólo se justifica por la fe. Eso requiere que dediquemos tiempo y tiempo a orar, hasta llegar a un momento en el que salten todos los falsos resortes que pueden rellenar el tiempo de oración, como sentirme mejor, pedir cosas, justificarme... Hemos de orar hasta que el único aliciente para hacerlo sea que Dios está ahí, esperando y amando; de modo que pueda decir: «Señor, sólo tú, sólo por ti..., sienta o no, me canse o me aburra, esté iluminado o a oscuras. Me da igual con tal de que tú estés aquí».

-Adoración: reconocimiento de la propia pequeñez y atención prioritaria a Dios. Adorar exige orientarnos absolutamente hacia Dios hasta olvidarnos de nosotros mismos.

-Humildad: Mantener en todo momento la conciencia de pequeñez que brota de la adoración, y lleva al gozo de experimentar que él es todo y yo no soy nada.

-Discernimiento: trabajar en serio por descubrir la voluntad de Dios. Si Dios es lo único, su voluntad es lo único que me importa; de manera que ya no interesa quién tiene razón, ni quién tiene la culpa, sino lo que Dios quiere de mí, porque «la fe es actuar según la Palabra de Dios» (Jacques Philippe).

-Fidelidad a la voluntad de Dios descubierta. Es muy importante que seamos radicalmente fieles a lo que vemos claro que viene de Dios, sin preocuparnos de ver o hacer lo que no vemos todavía con claridad.

-Abrazar la cruz en unión con Cristo, como ejercicio real de auténtica fe. La vida me lleva a dificultades y conflictos y es voluntad de Dios que yo viva esos conflictos en unión con Cristo crucificado, porque ésa es la dinámica de la salvación: el reino de los cielos se construye por medio de la pascua del

Señor. Si Cristo me muestra en la cruz su amor apasionado por mí, yo tengo que responderle en la cruz.

-Renunciar al egoísmo de buscar compensaciones humanas para amar abnegadamente a los demás. Aceptar que me duela esa renuncia al agradecimiento, a la valoración y a la recompensa, como un ejercicio de fe, porque ese dolor me permite demostrarle al Señor que no necesito esa compensación, aunque me duela, porque sólo le busco a él.

-Hacer conscientes las motivaciones sobrenaturales de todo lo que hacemos.

-Austeridad general en todo, como forma de ir quitando lo accesorio para que emerja en nuestra vida lo fundamental. También la austeridad de la fe: dejar en segundo lugar lo que es accesorio sabiendo que lo único necesario es Dios.

-Simplicidad, que lleva a no hacer problema de nada y evita que nos centremos en nosotros mismos. No deberíamos preocuparnos por nada que no sea la fidelidad a la voluntad de Dios en el momento presente.

La fe y las obras

No podemos tratar de la fe sin entrar en la cuestión de las obras y la relación que existe entre ambas. Lo que nos salva, y lo que da sentido pleno a nuestra vida, ¿es la fe o son las obras? Normalmente se entienden estas dos realidades como contrapuestas en cierto sentido. Una contraposición que llevará a Lutero hasta el extremo de negar el valor de las obras para salvarnos. Sin embargo, la doctrina neotestamentaria no respalda esta postura, como vemos en el conocido texto de Santiago:

¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos del alimento diario y uno de vosotros les dice: «Id en paz, abrigaos y saciaos», pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro. Pero alguno dirá: «Tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin las obras, y yo con mis

obras te mostraré la fe». Tú crees que hay un solo Dios. Haces bien. Hasta los demonios lo creen y tiemblan. ¿Quieres enterarte, insensato, de que la fe sin las obras es inútil? Abrahán, nuestro padre, ¿no fue justificado por sus obras al ofrecer a Isaac, su hijo, sobre el altar? Ya ves que la fe concurría con sus obras y que esa fe, por las obras, logró la perfección. Así se cumplió la Escritura que dice: Abrahán creyó a Dios y eso le fue contado como justicia y fue llamado «amigo de Dios». Ya veis cómo el hombre es justificado por las obras y no solo por la fe. Del mismo modo también Rajab, la prostituta, ¿no fue justificada por sus obras al acoger a los mensajeros y hacerlos salir por otro camino? Pues lo mismo que el cuerpo sin aliento está muerto, así también la fe sin obras está muerta (St 2,14-26).

Existe una unidad entre la fe y las obras; pero no entre cualquier tipo de fe y cualesquiera tipos de obras. De hecho, hay una oposición entre la fe y las obras, pero que normalmente entendemos mal. Ciertamente no nos salvan las obras de la ley, como el precio de una salvación que compramos con nuestras obras; la salvación se nos da gratis por medio de la cruz de Cristo, y por la fe nosotros acogemos esa salvación (cf. Rm 1,17; Ga 3,11). Pero eso no significa que, después de que uno es salvado y transformado gratuitamente por Cristo, las obras no tengan importancia. Las obras son importantes; pero no las obras de la ley, sino las obras que deben surgir del cristiano transformado por la gracia, lo que podríamos llamar las «obras de la fe»:

En efecto, por gracia estáis salvados, mediante la fe. Y esto no viene de vosotros: es don de Dios. Tampoco viene de las obras, para que nadie pueda presumir. Somos, pues, obra suya. Dios nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras, que de antemano dispuso él que practicásemos (Ef 2,10).

Los que pretendéis ser justificados en el ámbito de la ley, habéis roto con Cristo, habéis salido del ámbito de la gracia. Pues nosotros mantenemos la esperanza de la justicia por el Espíritu y desde la fe; porque en Cristo nada valen la circuncisión o la incircuncisión, sino la fe que actúa por el amor (Ga 5,4-6).

Solemos pensar que las obras de la fe son las del amor; pero esas, por muy importantes que sean, son las obras propias de la

virtud del amor. Tendremos un problema si sólo nos fijamos en las obras de caridad, que tienen que nacer de una fe viva, y nos olvidamos de las obras propias de la fe.

Lo específico de la fe es el salto en el vacío, la confianza absoluta, el abandono total en las manos de Dios. Las obras de la fe son las que surgen de ese salto o las que hacen posible ese salto. Esa es la fe de Abrahán al sacrificar a su hijo, la de María en la Anunciación. Santiago y san Pablo ciertamente nos ofrecen unos ejemplos de obras de caridad que tienen que nacer de la fe, pero no porque la fe se exprese sólo en actos de amor, como veremos, sino porque estos actos exigen una motivación interior de fe y muestran la fe. No son actos de amor necesarios para obtener la salvación, sino la expresión de una fe viva, porque sin la motivación y la fuerza de la fe, esos actos de amor son imposibles, y porque sin esa expresión de la fe en el amor, la fe está muerta.

Se trata de obras singulares que expresan el salto interior que exige la fe y contienen estos dos elementos:

-Negarse a sí mismo. Son obras que exigen y manifiestan la negación de uno mismo, por las que se renuncia a lo que se necesita o siente.

-Aceptar el riesgo de perder algo importante o incluso esencial, como dinero, afectos, apoyos, seguridades, fama, etc. Normalmente es lo que a mí más me importa.

Estos son los signos de que uno está verdaderamente dispuesto a seguir a Jesús, a perderlo todo para encontrarle a él, a poner su voluntad por encima de la propia, a dejar de apoyarse en uno mismo para apoyarse sólo en él...

La fe probada

Para entender mejor el asunto de la fe y las obras debemos tener en cuenta que para que podamos hablar de verdadera fe tenemos que reconocer que se trata de una fe «probada». De ahí la importancia de las pruebas para alcanzar la fe auténtica.

La sagrada Escritura está llena de referencias a las pruebas de la fe, como, por ejemplo, el capítulo 11 de la carta a los Hebreos que hace el elogio de los hombres de fe. De entre los modelos que nos muestra la Palabra de Dios destacan principalmente dos: Abrahán y María:

-Abrahán muestra su fe al salir de su tierra sin saber a dónde iba, aceptando una promesa de difícil cumplimiento (Gn 12,1-4), aceptando sacrificar al hijo único que hacía viable aquella promesa (Gn 22; Hb 11,8-19).

«Toma a tu hijo, a tu único hijo, al que amas, y vete al país de Moria y allí ofrécelme en holocausto». No existe ningún siervo de Dios que no escuche algún día esta terrible palabra dirigida por Dios a Abraham. Éste había creído en la promesa que Dios le había hecho de darle una posteridad. Durante veinte años había esperado su realización. No había desesperado. Y cuando por fin había llegado el niño, sobre el que reposaba la promesa, entonces Dios exige a Abraham que se lo sacrifique. Sin ninguna explicación. El golpe era rudo e incomprensible. Pues bien: eso mismo es lo que Dios nos pide a nosotros también un día u otro. Entre Dios y el hombre no se habla el mismo lenguaje. Ha surgido una incomprensión. Dios había llamado y el hombre había respondido. Ahora el hombre llama, pero Dios se calla. Momento trágico en el que la vida religiosa limita con la desesperación, en el que el hombre lucha completamente solo en la noche con el inaprensible. Ha creído que le bastaría con hacer esto o aquello para ser agradable a Dios, pero es a él a quien se exige. El hombre no es salvado por sus obras, por muy buenas que sean. Es preciso que se haga él mismo obra de Dios. Debe hacerse más maleable y más humilde en las manos de su Creador que la arcilla en manos del alfarero; más flexible y más abandonado que la madera muerta en el bosque en el corazón del invierno. Solamente a partir de este estado de abandono y en esta confesión de pobreza, el hombre puede abrir a Dios un crédito ilimitado, confiándole la iniciativa absoluta de su existencia y de su salvación. Y entra entonces en una santa obediencia. Se hace niño y juega el juego divino de la creación. Más allá del dolor y del gozo, llega al conocimiento de la alegría y del poder. Puede mirar con un corazón igual al sol y a la muerte; con la misma gravedad y con la misma alegría (Eloi Leclerc, *Sabiduría de un pobre*, p 147s).

-María es modelo de fe con su respuesta al ángel (Lc 1,38), pero también permaneciendo firme al pie de la cruz (Jn 19,25).

Si la fe verdadera es la fe probada, es necesario que exista la prueba, reconocerla y pasarla. Sin la prueba no tenemos fe; de modo que si pedimos la fe y nos ponemos en camino de la fe verdadera tenemos que abrazar la prueba. Hemos de reconocer y aceptar las dificultades de la vida (sin excepciones) como medios necesarios para que se purifique nuestra fe. Es falso pensar que si yo tuviera otro carácter, otras circunstancias, otro cónyuge, etc., podría ser santo. Las dificultades, problemas, conflictos..., todo lo que pone a prueba mi fe, lo necesito absolutamente. Esto exige que dejemos de dar prioridad a la satisfacción de nuestras necesidades psicológicas, afectivas o materiales, en definitiva, de todo lo que nos empuja a lo natural («carnal»); y que podemos reconocer porque nos lleva a quejarnos, justificarnos, compararnos, culpabilizar, desanimarnos, enfadarnos, desesperarnos...

Para entrar en el camino de la fe probada hay que situarse decididamente en el ámbito sobrenatural, superando el «carnal». Se trata de reconocer en todas las cosas la providencia de Dios; lo que supone:

-Verlo todo, en el marco de la providencia, como venido de Dios, o, al menos, como pasado por él.

-Aceptarlo todo confiadamente, sin condiciones. En ocasiones lo acabamos aceptando, pero necesitamos meses o años; pero se trata de aceptarlo inmediatamente.

-Convertirlo todo en un acto de amor y de entrega. Eso es lo que nos permite dar el salto de la fe. Para ello, el ejercicio fundamental que hemos de hacer es el ofrecimiento a Dios de todo. Conscientes de que ofrecer algo a Dios supone desprenderse (renunciar) a ello y a lo que comporta (deseos, necesidades, miedos, cálculos, seguridades...):

• Ofrecer es entregarlo, dárselo a Dios.

• Dárselo de verdad, sin añoranzas.

- Dárselo incondicionalmente.
- Dárselo con confianza plena en él.

Se trata de un camino ciertamente glorioso, pero no exento de dificultades, trabajos y sufrimientos, incluso de incertidumbres y oscuridad. Pero todo esto permite alcanzar el fruto sobrenatural de la fe como obra de Dios y no como resultado de nuestro esfuerzo.

Alegraos de ello, aunque de momento tengáis que sufrir un poco, en pruebas diversas: así la comprobación de vuestra fe -de más precio que el oro, que, aunque perecedero, lo aquilatan a fuego- llegará a ser alabanza y gloria y honor cuando se manifieste Jesucristo. No habéis visto a Jesucristo, y lo amáis, no lo veis, y creéis en él, y os alegráis con un gozo inefable y transfigurado, alcanzando así la meta de vuestra fe: vuestra propia salvación (1P 1,6-9).

Es un camino que pasa por aceptar con naturalidad todo lo que nos trae la vida, viviéndolo en fe, en medio del dolor y, en ocasiones, de la oscuridad. Y para lograrlo debemos habituarnos al clarooscuro y la oscuridad propios de la fe, sabiendo que la misma oscuridad que acompaña la fe permite realizar más plenamente el ofrecimiento que hace que se desarrolle la fe.

En ese punto es donde se descubre la fuerza y la «claridad» amorosa de Dios, que inundan la oscuridad de la fe. Pero eso sólo es posible si nos disponemos del siguiente modo:

- Reconociendo la oscuridad como consecuencia, no de la falta de consistencia de las realidades sobrenaturales, sino del deslumbramiento que provocan esas realidades en el alma.
- Ofreciendo esa misma oscuridad a Dios, con humildad y confianza.
- Abrazando como don precioso de Dios la luz que él nos concedió un día; y recordando que lo que vimos como luz y sabemos que es verdad sigue siendo verdad a pesar de todo.
- Apostando la vida por esa luz, por encima de todo y cueste lo que cueste.

La obra de la fe o «fe en acto»

Tarde o temprano llega el momento en el que hemos de plantearnos con sinceridad la cuestión decisiva, que es muy simple, y que resume perfectamente todo el asunto de la autenticidad de la fe: ¿Cuál es el «salto en el vacío» que Dios espera de mí, y en qué medida estoy dispuesto a dar ese salto por Jesús, como prueba de mi confianza en él y medio para abrirme a su gracia?

No se trata, por supuesto, de una «heroicidad» que elijamos a nuestro gusto, sino de una decisión que responda a la voluntad de Dios y suponga una renuncia contundente a nosotros mismos; lo cual no se puede realizar sin una autoimposición que contradiga nuestra psicología, gustos, necesidades, etc.

Para ayudarnos a entenderlo, repasemos algunos de los principales «saltos en el vacío» que nos muestra la Biblia, sobre todo el nuevo Testamento:

- Abrahán sacrificando a su hijo (Gn 22,1-19).
- Los judíos ante el mar Rojo (Ex 14,10-14) o el Jordán (Jos 3,14-15).
- Pedro caminando sobre el agua (Mt 14,22-33).
- Los que se sientan para esperar la multiplicación de los panes (Jn 6,10).
- Los que abren el techo y ponen a su amigo paralítico ante Jesús (Mc 2,1-5).
- El centurión que se vuelve a casa, sin saber si Jesús ha curado a su siervo (Jn 4,46-54).

El proceso es el siguiente:

- 1) Dios manifiesta algo que quiere de mí.
- 2) Yo lo acepto y me predispongo a colaborar para que lo haga.
- 3) Aparecen las dificultades que lo hacen imposible.
- 4) En vez de apostar por lo que indican esas dificultades, apuesto mi vida al proyecto de Dios.

5) Me gozo en la realización de ese proyecto y lo agradezco, aunque todavía no se haya realizado.

Evidentemente se trata de una actitud que no surge espontáneamente, sino que es fruto de un cultivo amoroso de la fe. Y ese cultivo es el trabajo más importante de nuestra vida, porque la fe es la tarea principal -quizá, única- que Dios quiere de nosotros.

Ellos le preguntaron: «Y ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?». Respondió Jesús: «La obra de Dios es esta: que creáis en el que él ha enviado» (Jn 6,28-29).

Y este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros, tal como nos lo mandó (1Jn 3,23).

La obra que nos pide Dios es que creamos; es la única obra que espera de nosotros. Lo vemos en Abrahán y, especialmente, en María, en la Anunciación. Ella, después de recibir el anuncio increíble del ángel y de aceptar la colaboración única que le pide Dios, lo que hace es... salir de Nazaret y marchar a ayudar a su prima Isabel... (Lc 1,38-39). Es algo ridículo en relación al importante plan de Dios; pero este realismo de la respuesta de María es lo que manifiesta la calidad de su fe. El proyecto es extraordinario, y la respuesta es simple, real y concreta. Y esa respuesta concreta, que por sí misma no sirve para nada, coloca a María en la disposición adecuada que le permite actuar a Dios.

También en cada uno de nosotros hay un acto concreto, que es la respuesta, naturalmente desproporcionada pero sobrenaturalmente adecuada e imprescindible, para manifestar la fe, y permitir la obra de Dios. Esa obra de la fe pone las condiciones para que actúe Dios; y sin ella, hacemos imposible la obra de Dios en nuestra vida y a través de nosotros. Sin esa fe, expresada en el acto concreto que Dios espera, nos atascamos y somos un estorbo para la gracia. María, José, Abrahán, los santos..., gracias a la fe, dan ese paso concreto en libertad.

Debemos descubrir los miedos que nos impiden dar ese salto. Las ataduras que nos paralizan, como el afán de protagonismo,

las prisas, la falta de discernimiento, etc. Debemos liberarnos de esas ataduras por medio del amor.

Descubrir la obra de la fe me debe llevar a hacer a fondo lo que veo claro y desentenderme de lo demás. Esa es la fe que me mueve a hacer mi parte, con confianza, y a dejar que Dios haga la suya. Pero esto se hace imposible cuando no damos el primer paso porque nos comprometemos, y porque no valoramos lo que está claro, en el aquí y el ahora, y nos enredamos en lo que será en el futuro o en pasos teóricos que no nos comprometen.

La base para realizar este acto de fe que permite la obra de Dios es orar de verdad, en tiempo y en calidad; orar con heroicidad, no comparándonos con lo que reza la mayoría; aceptando que no vamos a encontrar referencias imitables a nuestro alrededor. Se trata de orar para poder escuchar a Dios con claridad, venciendo los miedos y resistencias; y para eso hace falta la fe, manifestada en un modo de orar que nos permita escuchar de verdad a Dios. Ésa es la actitud básica en este proceso.

La fe y la oscuridad

La importancia de la prueba para que se desarrolle la fe auténtica explica la necesidad de la oscuridad interior, que es el clima normal en el que se pone a prueba la calidad de la fe. Necesitamos la oscuridad para crecer en la fe.

Por eso a san Juan de la Cruz no le preocupa que el alma esté en la noche, ni anima a que salga de ella; por el contrario, intenta acelerar la entrada en la noche; y cuando lo consigue ya se queda satisfecho, como si eso fuera lo importante, lo definitivo: mantenerse en la noche. La fe necesita mantenerse en el riesgo, en el vértigo. Y es verdad: muchas personas han vivido los momentos culminantes de su vida espiritual en la noche de la fe, porque prepararse a la unión con Dios y vivir la unión van juntos. Eso explica por qué en la primera estrofa del poema Noche el santo carmelita manifiesta que el motivo de la entrada en la

noche es el amor inflamado, el ansia que pone en movimiento a la persona hacia la oscuridad y la prueba: «Con ansias, en amores inflamada, pasó y salió en esta noche oscura del sentido» (1S 14,2)

Esta relación entre fe y oscuridad nos permite afirmar que la fe, que es luminosa, también es oscuridad.

Pues hemos sido salvados en esperanza. Y una esperanza que se ve, no es esperanza; efectivamente, ¿cómo va a esperar uno algo que ve? (Rm 8,24).

No podemos pretender vivir de la fe sin inseguridades ni riesgos, como si se pudiera caminar en fe con toda comodidad. Todo cristiano, pero especialmente el contemplativo, tiene que aceptar que no se vive sólo de impulsos luminosos. Eso haría imposible vivir de fe. De modo que pretender que todo esté claro y sea fácil significa que huimos de la oscuridad de la fe, y, por tanto, de la misma fe.

En ese sentido, no debemos buscar el discernimiento (sobre todo si nos lo dan hecho en la dirección espiritual) como una garantía de facilidad que elimina caminar en la oscuridad de la fe, porque el discernimiento es un ejercicio de fe en la oscuridad. Pero, por el contrario, el desinterés por el discernimiento es una señal de la huida de la fe oscura, una manifestación de la pretensión de seguir a Cristo sin el riesgo que exige la fe.

Quizá la razón de la huida de la oscuridad interior sea que no queremos ser pobres. La heroicidad de los santos se basa en que han vivido de la poca luz que tenían. Así es la vida de María. La luz de Dios no impide la oscuridad de la fe, y a veces la provoca; de manera que podemos decir que el modo que «vivir de la fe» es aceptar la oscuridad de la fe y seguir adelante fielmente.

De nuevo hay que insistir en la necesidad de entregarse, de verdad y a fondo, a la oración. Porque es ahí donde descubrimos la ofrenda, la pobreza, la fe, el abandono... El camino de la fe supone la continuidad en el caminar; y caminar exige orar. Debo

tener claro que Dios quiere que peregrine por la fe a través de la oración.

Dicho esto, no debemos pensar que Dios nos llama a una oscuridad absoluta o permanente. Siempre deja encendida alguna luz, aunque sea humilde y pequeña, pero de vital importancia en la noche. Y siempre, al menos, podemos contar con la luz que supone la certeza de saber que, en caso de duda, y por mucha oscuridad que tengamos, Dios quiere siempre de nosotros fe, confianza, abandono y pobreza. Y esto es posible, siempre y para todos. Más aún, es lo único posible y eficaz, porque Dios cuenta con nuestra pobreza para desplegar su poder. Y, además, no es difícil, porque basta con aceptar la pobreza que tenemos; no hemos de buscar fuera o fabricar nada que no tengamos a mano.

El martirio como prueba y expresión de la fe

Todo esto no puede entenderse si tomamos la fe como un salvoconducto que elimine o suavice las dificultades de nuestra vida terrenal. Pero si descubrimos nuestra existencia como fruto de la acción extraordinaria de Dios, que nos ha soñado desde toda la eternidad con un proyecto maravilloso de vida y salvación, entonces todo lo que configura nuestra vida tiene una maravillosa densidad sobrenatural; incluso la oscuridad y el sufrimiento.

Esto es lo que explica la importancia del martirio como la mejor expresión de la fe auténtica, porque dar la vida por la fe es la obra suprema del amor sobrenatural, que sólo se entiende desde la fe. Así, el martirio, tanto cruento como incruento, sólo se explica porque la fe constituye la razón suprema que gobierna la vida.

Como consecuencia de nuestra mundanización nos hemos olvidado del martirio. Es más; no sólo no contamos con él como algo deseable, sino que tratamos de evitarlo por todos los medios. Pero si miramos la cruz de Cristo, descubrimos la calidad

del amor del Señor y el sentido de su martirio. Y la correspondencia a ese amor es nuestro propio martirio. Contemplar a Cristo crucificado nos hace salir del tono mediocre del mundo y nos invita a vivir una fe heroica.

Tenemos que contar con el martirio y ser testigos-mártires de la fe heroica. Siendo conscientes de que huimos de ese heroísmo, hemos de acostumbrarnos a contar con la fe heroica como lo más natural; porque, de hecho, eso es lo normal; lo raro son nuestras componendas y mediocridades. Y mientras huyamos de la heroicidad de la fe que lleva al martirio no sirve de excusa el que aceptemos la fe en cualquier otro nivel inferior al del heroísmo.

Si aceptamos todo esto como verdadero podremos empezar a conocer cómo se realiza, en la práctica, la «ascética» de la fe, que sigue el siguiente proceso:

-Para vivir de la fe debemos empezar disponiéndonos a negar con fuerza todo lo que nos impide que Dios sea nuestro absoluto. Esto requiere un importante esfuerzo de sinceridad y humildad. Y hemos de saber que eso que negamos es de lo que vivimos, lo que nos alimenta.

-Luego hemos de llevar a cabo esta negación en la práctica, renunciando -en concreto y realmente- a los impulsos del mundo y a las presiones interiores, lo que crea un vacío en nuestro interior casi imposible de mantener, porque nos exige apremiantemente que lo llenemos con esos mismos impulsos que le hemos arrebatado. Si quiero que Dios sea mi único alimento para vivir de la fe, tengo que quitar lo que me alimenta en la actualidad, sabiendo que voy a sentir hambre, miedo, vértigo, vacío.

-Entonces es el momento de mantener ese vacío, con lo que supone de angustia y vértigo. Lo espontáneo ante esos sentimientos es llenar ese vacío, volver a lo que me alimenta. Sin embargo, lo que hay que hacer es no rellenar ese vacío con nada. Ese vacío no es pecado. Puede doler, pero no ofende a Dios. Y yo elijo quedarme ahí y mantener ese vacío, aunque

me rompa por dentro, sin huir; como ejercicio de confianza en que Dios lo va a rellenar. Sé que sólo Dios puede rellenar ese vacío y se lo presento a él, para que lo llene cuándo y cómo quiera.

Esta última fase puede ser más o menos larga, según sea la purificación que necesitemos; pero es muy importante que mantengamos el vacío interior, evitando que se llene con algo que no sea solo Dios. Al principio costará más y resultará, ciertamente, muy doloroso; pero si no desfallecemos, poco a poco iremos habituándonos al vértigo interior y aprenderemos a esperar confiadamente en Dios.

Así empezaremos a hacernos pobres, a ser niños, y seremos capaces de dejar que Dios haga su obra en nosotros, aunque tarde más tiempo del que nos gustaría. Y de ese modo es como nuestra fe se irá purificando y creciendo, y empezará a dar verdadero fruto. Todo esto requiere adoración, humildad, entrega, abandono, oración, contemplación.

El fruto de la fe

En definitiva, todo lo anterior no es sino un conjunto de disposiciones y actos que exigen y expresan una manera peculiar de «optar» por Dios, haciendo un preciso acto de fe. Y la prueba de la autenticidad de esa opción y la verdad de esa fe la podemos comprobar con los siguientes frutos sobrenaturales:

-Capacidad para ver a Dios en todo y en todos

El que vive de fe busca apasionadamente la presencia y la voluntad de Dios en todo, incluso en la oscuridad o en las dificultades; esto le hace experimentar la vida como un permanente y gozoso encuentro con el Señor, que lo es todo para él, consciente de que «Cristo habita por la fe en nuestros corazones» (Cf. Ef 3,17).

[Dios] no está lejos de ninguno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos (Hch.17,27-28).

-Confianza y abandono en la Providencia

La fe verdadera necesita demostrarse de manera concreta en una plena confianza en Dios en cuyas manos uno se abandona completamente, buscando por encima de todo que se cumpla su voluntad y en la seguridad absoluta de que el amor de Dios nunca la fallará, porque «a los que aman a Dios todo les sirve para el bien» (Rm 8,28).

¿No se venden un par de gorriones por un céntimo? Y, sin embargo, ni uno solo cae al suelo sin que lo disponga vuestro Padre. Pues vosotros hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados. Por eso, no tengáis miedo: valéis más vosotros que muchos gorriones. (Mt 10,29-31).

-Descubrimiento luminoso de la cruz como don

La fe nos descubre la cruz de Cristo como expresión máxima del amor de Dios e instrumento definitivo de la salvación; por eso, gracias a esa misma fe, reconocemos nuestra propia cruz como un regalo precioso de Dios por el que participamos realmente de la cruz de Cristo y de su poder salvador.

Así que muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2Co 12,9-10).

Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia (Col 1,24).

El mensaje de la cruz es necesidad para los que se pierden; pero para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios (1Co 1,18).

-Paz invencible en la lucha

El que vive de la fe puede mantener la paz profunda en el sufrimiento y en la lucha, porque ve más allá de la superficie y percibe el sentido y el fruto de esa lucha, lo cual ordena y le da pleno sentido a todo.

La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde (Jn 14.27).

-Alegría desbordante en medio de las dificultades

Junto con la paz, la alegría. El descubrimiento de la cruz como regalo extraordinario que Dios nos hace llena de alegría desbordante al creyente; porque no existe fuente de mayor gozo en el mundo que la unión íntima con Cristo crucificado, a la que llegamos a través de la aceptación amorosa de nuestra cruz como expresión viva de la verdadera fe.

Vosotros ahora sentís tristeza; pero volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría (Jn 16,22).

Estad alegres en la medida que compartís los sufrimientos de Cristo (1Pe 4,13).

Me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia (Col 1,24).

Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo (Mt 5,11-12).

Considerad, hermanos míos, un gran gozo cuando os veáis rodeados de toda clase de pruebas (St 1,2-4; cf. Rm 5,3-5).

-Garantía de discernimiento

El que camina en fe pasará necesariamente por la oscuridad, pero también experimentará después la consoladora certeza de que el camino seguido era el que Dios quería. Es el caso de Abrahán que, después de superar la prueba por la obediencia de la fe, ve claramente confirmado su camino porque se cumplían las promesas de Dios (cf. Heb 11,8-12.17-19).

Pablo exhortaba (a los discípulos) a perseverar en la fe, diciéndoles que hay que pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios (Hch 14,22)

Además, al que obedece por la fe se le concede el Espíritu Santo para que pueda encontrar la voluntad de Dios:

El Espíritu Santo, que Dios da a los que lo obedecen (Hch 5,32).

-Eficacia de la oración de fe

Quizá el ejemplo más claro del fruto de la oración que se apoya en la verdadera fe lo tenemos en la actuación de la Virgen en

Caná de Galilea (Jn 2,1-12), donde vemos que su petición a Jesús es atendida porque expresa una total confianza en él y en su poder. Esto es tan importante que el Señor vincula normalmente la eficacia de su acción a la fe de los que le piden algo.

Todo lo que pidáis orando con fe, lo recibiréis (Mt 21,22).

Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas (Mt 15,28).

Que os suceda conforme a vuestra fe (Mt 9,29).

¡Ánimo, hija! Tu fe te ha salvado (Mt 9,22).

Por la fe en su nombre, este, que veis aquí y que conocéis, ha recobrado el vigor por medio de su nombre; la fe que viene por medio de él le ha restituido completamente la salud, a la vista de todos vosotros (Hch 3,16).

-Transformación de uno mismo y de los demás

La fe viva no es una idea o un sentimiento, sino un acto real por el que me vinculo profundamente a Dios. Este vínculo es tan fuerte y poderoso que transforma mi vida y, a la vez, la vida de los que me rodean.

Todo es posible al que tiene fe (Mc 9,23-24).

El que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores (Jn 14,12).

A los que crean, los acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos» (Mc16,17-18).

Los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron aparte: «¿Y por qué no pudimos echar nosotros (al demonio de un niño enfermo)?». Les contestó: «Por vuestra poca fe» (Mt 17,19-20).

-Sentido glorioso de la vida

La fe nos introduce en una verdadera experiencia de gloria, como vivencia anticipada de la plenitud de la vida que viviremos sin limitaciones en el cielo.

Por la fe sabemos que el universo fue configurado por la palabra de Dios, de manera que lo visible procede de lo invisible -Glorificación del Padre (Heb 11,3).

¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? (Jn 11,40).

Lo que Dios espera de nosotros no son, fundamentalmente, nuestras obras, sino nuestra fe; de modo que eso es lo que da gloria a Dios. Tal es el caso de Abrahán, que glorificó a Dios por medio de su fe, como fe en acto:

Y, aunque se daba cuenta de que su cuerpo estaba ya medio muerto -tenía unos cien años- y de que el seno de Sara era estéril, no vaciló en su fe. Todo lo contrario, ante la promesa divina no cedió a la incredulidad, sino que se fortaleció en la fe, dando gloria a Dios, pues estaba persuadido de que Dios es capaz de hacer lo que promete; por lo cual le fue contado como justicia (Rm 4,19-22).

Y eso mismo lo podemos aplicar a nosotros, que damos gloria a Dios cuando damos nuestro «amén» a sus promesas:

Pues todas las promesas de Dios han alcanzado su sí en él. Así, por medio de él, decimos nuestro Amén a Dios, para gloria suya a través de nosotros (2Co 1,20).

Y, por el contrario, los que no creen en Dios están impedidos para buscar su gloria:

¿Cómo podréis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios? (Jn 5,44).

Síntesis litánica

Quizá a algunas personas les ayude para la contemplación considerar en forma litánica lo que supone la fe verdadera.

La fe es:

- Creer firmemente en el Dios que nos ha mostrado Jesucristo.
- Buscar a Dios como lo único necesario.
- Vivir con la mirada fija siempre en Dios.
- Dejarme conquistar por su amor
- Confiar ciegamente en él.
- Darme incondicionalmente a Dios.

- Alegrarme de pertenecerle totalmente.
- Adherirme plenamente a su voluntad.
- Serle fiel, aunque no lo vea.
- Vivir en manos de la providencia divina.
- No oponer resistencias a la gracia.
- Relativizar todo lo que no es Dios.
- Acallar en mi interior todo lo que intente destacar sobre Dios.
- Mirar todo con los ojos de Dios.
- Ver a Dios en todo.
- Firme de Dios por encima del mundo y las apariencias humanas.
- Dar sentido evangélico a la vida, a los sufrimientos, a las dificultades, y a todo.
- Lanzarme en la oscuridad de la noche, siguiendo la luz que un día vislumbré, aunque no sepa a donde me va a llevar.
- Sobrellevar con alegría las confusiones, las sorpresas, las fatigas y los sobresaltos que conlleva la fidelidad a Dios.
- Caminar, luchar y sufrir con la sonrisa en los labios.
- Levantarme enseguida cuando caigo.
- Mantener el rescoldo divino que ilumina y consuela en las luchas más terribles de la vida.
- Hacer que mi vida transparente a Dios en todo.
- Disponerme gozosamente al encuentro definitivo con Dios en el cielo.

Conclusión

Como conclusión, podemos dejar en el aire una pregunta del Señor a propósito del que clama a Dios día y noche, con el que termina la parábola de la viuda inoportuna, y que representa al que vive en oración porque vive de fe. Se trata de una pregunta que preocupa al Señor porque revela el drama más profundo de

la condición humana en su relación con Dios, que no es otro que el drama de la falta de fe ante la obra de la salvación: «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?» (Lc 18,8).

Con añoranza, deseo e ilusión, el Señor me hace esta pregunta para que cale en mi corazón. ¿No debería acogerla como una llamada personal que me hace a mí? ¿No será esa la obra fundamental de mi vida, de modo que garantice que alguien mantiene «esa fe» hasta que él venga?

NOTAS

[1] El punto de partida que tomamos para nuestro retiro es el texto del profeta Habacuc: «El justo por su fe vivirá» (Hab 2,4). De él beberán las demás referencias de la Palabra de Dios, que irán enriqueciendo su sentido según vaya avanzando la revelación de Dios.

Resulta luminoso situar en su contexto estas palabras, importantísimas en el mensaje que Dios da por medio del profeta. Habacuc vive en momentos convulsos para el pueblo de Dios, dominado por los asirios, a punto de ser conquistado por los babilonios, experimentando toda clase de injusticias y con la triste esperanza de que el nuevo dominador sea mejor que el anterior. En esta situación de fracaso y oscuridad, el profeta sólo encuentra luz en el diálogo con Dios y en una actitud de fe que conlleva una esperanza contra toda esperanza. Esa fe-confianza en medio de la oscuridad presente es lo que le permite a Habacuc iluminar la situación histórica en la que vive con una respuesta que se concentra en una contraposición en la que se encuentra el mensaje que necesitaba el pueblo de Dios y que nos ilumina también a nosotros: «Mira, el altanero no triunfará; pero el justo por su fe vivirá» (Hab 2,4).

Al estilo de los salmos, se contraponen el altanero y el justo, y se manifiesta que sus destinos son opuestos. El arrogante, que confía en sus propias fuerzas, se encamina al fracaso. El inocente, que se fía de Dios, se salva. Por lo tanto, el pueblo de Dios vivirá por la fe.

La misma afirmación del profeta es una afirmación de fe, en contra de la evidencia material de que el altanero triunfa y triunfará. Pero, a pesar de las apariencias, Habacuc afirma con fuerza que el que tenga fe vivirá.

Esta fe que da vida es, ante todo, fidelidad y confianza: El justo e inocente, que rechaza la fuerza, se fía de Dios y salvará la vida. Por eso no es extraño que el texto se entienda en el sentido de que «el justo por su fidelidad vivirá», «el justo que confía salvará la vida» o «el inocente por fiarse vivirá».

El profeta describe en el resto de su libro la caída del impío; y, ya casi al final, expresa la confianza del hombre de fe, que es lo que espera Dios para actuar:

«Aunque la higuera no echa yemas | y las viñas no tienen fruto, | aunque el olivo olvida su aceituna | y los campos no dan cosechas, | aunque se acaban las ovejas del redil | y no quedan vacas en el establo, | yo exultaré con el Señor, | me gloriaré en Dios, mi salvador. | El Señor soberano es mi fuerza, | él me da piernas de gacela, | y me hace caminar por las alturas» (Hab 3,17-19).

Vivir por la fe es confiar en Dios contra toda esperanza, contra toda evidencia; es ser fiel al Señor en medio de las dificultades, en una historia en la que no aparece claramente la presencia y la acción de Dios. Y esa confianza-fidelidad es la actitud que permite que Dios le dé la vida.

[2] En tiempo de Jesús, el judaísmo interpretará la fe a la que se refiere el profeta como fidelidad a la ley, acompañada de trabajos y aflicción.

Pero no es ésa la lectura que hacen los traductores del griego de la Biblia, la que usaron los cristianos y la que se cita en el Nuevo Testamento: «El justo vivirá por su fe en mí». Esa traducción es la que le abre el paso al Nuevo Testamento, precisamente para expresar una fe que se opone a la salvación por las obras de la ley.

«Así pues, los que viven de la fe son bendecidos con Abrahán el fiel. En cambio, cuantos viven de las obras de la ley están bajo maldición, porque está escrito: *Maldito quien no se mantenga en todo lo escrito en el libro de la ley, cumpliéndolo*. Que en el ámbito de la ley nadie es justificado resulta evidente, pues *el justo por la fe vivirá*; en cambio, la ley no procede de la fe, sino que *quien los cumpla vivirá por ellos*» (Ga 3,9-12).

San Pablo describe dos caminos de salvación: uno, el del Antiguo Testamento, que busca la justificación por las obras de la ley como un mérito; y otro, el del Nuevo Testamento, que busca la justificación por la fe como gracia. Uno no funciona, el otro sí:

-Los que viven de las obras están bajo la maldición (v. 10), citando Dt 27,26.

-Los que viven de la fe son bendecidos como Abrahán (v. 9), refiriéndose a lo dicho en Ga 3,6: «Lo mismo que Abrahán: creyó a Dios, y le fue contado como justicia», que cita Gn 15,6.

Cristo ha cerrado un camino y ha abierto otro al morir en la cruz, porque siendo justo ha sido condenado por la ley, y dando su vida ha justificado a los que creen en él. Eso es lo que ahora se expresa con el texto de Habacuc: «El justo vivirá por la fe». Se trata de la fe como camino de salvación, como forma de abrir la puerta a la salvación que nos trae Cristo crucificado. El que tiene esa fe en la salvación que trae Cristo y renuncia a obtener la salvación cumpliendo las obras de la ley, ése obtiene la salvación y la vida.

-El que los cumpla vivirá por ellos [los mandamientos de la ley] (v. 12). Pero es algo imposible, porque nadie es justo ante Dios por cumplir la ley.

-El justo vivirá por la fe (Hab 2,4), que es el camino de salvación que ha abierto Cristo.

Aquí, la fe es la confianza y humildad del hombre que sabe que la seguridad de su vida sólo depende de que acepte el Evangelio y se entregue a la obra de Dios, realizada en la muerte y resurrección de Cristo.

Es lo mismo que dirá san Pablo en la carta a los Romanos, al proponer resumidamente el contenido doctrinal de la carta:

«Pues no me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree, primero del judío, y también del griego. Porque en él se revela la justicia de Dios de fe en fe, como está escrito: *El justo por la fe vivirá*» (Rm 1,16-17).

Para san Pablo, el núcleo del Evangelio que anuncia es la muerte y resurrección de Cristo, que nos salva del pecado y nos hace justos. En ese Evangelio se manifiesta la fuerza salvadora de Dios, de manera que el que cree en él se salvará, independientemente de que sea judío o pagano. El que cree experimenta la fuerza salvadora de Cristo crucificado. De ese modo, la fe en el Evangelio de Cristo es lo que hace que el justo viva. Por eso podemos decir que «el justo por creer salvará la vida».

Vivir por la fe es renunciar a salvarse a uno mismo, apoyándose en la propia capacidad, en la propia justicia, para reconocerse pecador, y poder acercarse, por medio de la fe, al que es justo y justificador, creyendo y aceptando la salvación y la vida que nos trae Cristo por medio de la Cruz. El que vive por la fe confía, como proponía Habacuc; pero ahora la

confianza es muy concreta: es confianza en la Cruz de Cristo Salvador, no en las propias obras. Y esa fe, más que permitirnos conservar la vida, hace posible la justicia ante Dios, ahora y para la vida eterna.

[3] El autor de la carta a los Hebreos vincula el vivir por la fe a la paciencia necesaria para ser fieles a la voluntad de Dios, en la espera de la vuelta del Señor.

«Os hace falta paciencia para cumplir la voluntad de Dios y alcanzar la promesa. Un poquito de tiempo todavía y el que viene llegará sin retraso; mi justo vivirá por la fe, pero si se arredra le retiraré mi favor. Pero nosotros no somos gente que se arredra para su perdición, sino hombres de fe para salvar el alma» (Heb 10,36-39).

Aquí se subraya que vivir por la fe tiene que ver con la constancia en cumplir la voluntad de Dios de cara al encuentro definitivo con el Señor y «salvar el alma». Lo contrario a vivir por la fe es la cobardía del que se echa para atrás ante las dificultades de la vida cristiana y no es fiel en el cumplimiento de la voluntad de Dios. Éste no recibirá el favor de Dios.

Vivir por la fe no se refiere al contenido de la fe, sino a una actitud de firmeza perseverante, semejante a la fidelidad que estaba contenida en Hab 2,4: se trata de la fidelidad a Dios en la vida cristiana que se ha abrazado confiando en la promesa de futuro que se espera alcanzar.

En la misma carta a los Hebreos se define inmediatamente esta fe por la que se vive: La fe es fundamento de lo que se espera, y garantía de lo que no se ve (Heb 11,1).

La fe es una forma de poseer lo que se espera, porque ofrece ya la garantía de recibirlo; y, a la vez, es el medio de conocer las cosas que no se ven. El que vive por la fe no sólo es fiel porque espera el cumplimiento de las promesas, sino que, de algún modo, ya gusta lo que le espera, y percibe lo que no se puede ver.

[4] San Pablo nos habla de sí mismo en Ga 2,20 y se presenta como modelo de lo que tiene que vivir todo el que ha sido regenerado por el bautismo, ayudándonos a comprender como vive en la fe el que ha alcanzado la justicia por la fe. En san Pablo aparece con toda claridad lo que significa vivir permanente en el nivel de la fe, identificando, sin fisura alguna, la vida y la fe:

«Pues yo he muerto a la ley por medio de la ley, con el fin de vivir para Dios. Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. No anulo la gracia de Dios;

pero si la justificación es por medio de la ley, Cristo habría muerto en vano» (Ga 2,19-21).

Cristo ha muerto porque la ley le ha declarado un maldito y, muriendo, ha clausurado la ley como camino de salvación y ha abierto un nuevo camino de salvación y de vida.

Del mismo modo, también san Pablo -y el cristiano- ha muerto a la ley al unirse a la cruz de Cristo, y vive para Dios por su resurrección. Esto es lo que realiza el bautismo: «Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva» (Rm 6,4). El resultado es que Pablo, y quien vive la fe por el bautismo:

-Vive todavía en este mundo: Vive ahora en la carne (v. 20).

-Pero no es él el que vive: El hombre viejo ha muerto al pecado y el nuevo ya no es él.

-Cristo vive en él.

-Él vive en la fe en Cristo, que le amó hasta morir por él.

Este vivir en la fe supone:

-El que vive en la fe vive todavía una vida natural, en la carne, con debilidades, pero eso ya no es lo que marca su existencia: «Aunque procedemos como quien vive en la carne, no militamos según la carne» (2Co 10,3). Aunque vive en la carne, su vida está marcada por el Espíritu: «Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu... Si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu vive por la justicia» (Rm 8,9-10).

-El que vive en la fe ya no decide la dirección de su vida con su voluntad, sino que es Cristo mismo el que lo hace. Ya no elige arbitrariamente su vida, sino que busca identificarse en todo con su Señor.

-El que vive se identifica con Cristo en todas las dimensiones de su existencia: «Para mí la vida es Cristo» (Flp 1,21; cf. Jn 15: vivir en Cristo es «permanecer en él y él en nosotros», en una comunión de vida como la de la vid y los sarmientos).

-El que vive en la fe es un hombre nuevo creado a imagen de Dios: «Despojaos del hombre viejo y de su anterior modo de vida, corrompido por sus apetencias seductoras; renovaos en la mente y en el espíritu y revestíos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas» (Ef 4,22-24).

·Para el que vive en la fe, la fe no es sólo la puerta de la justificación que da la vida nueva, sino que envuelve, acompaña y sustenta toda su vida.

·El que vive en la fe no tiene una confianza genérica en la misericordia de Dios, sino que confía en Cristo, que le amó y se entregó por él y está vivo presente y actuante en su vida.

·El que vive en la fe sabe que esa nueva vida es un regalo que Cristo le ha obtenido por la entrega de su vida.

·El que vive en la fe, ha alcanzado esa vida nueva por la fe, y vive de fe, como del sustento de su vida.

[5] Cf. *Fundamentos para la vida contemplativa en el mundo*, capítulo 3: Primeros pasos, apartado 5,A: Las tentaciones del comienzo. [Tentaciones contra la fe](#).